

Rafael Bernabe. *Respuestas al colonialismo en la política puertorriqueña: 1899-1929*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1996.

El punto de partida de este libro de Rafael Bernabe está delimitado con rigurosa precisión: tiene que ver con la invasión estadounidense de 1898 como proceso que inauguró un nuevo espacio tanto en Puerto Rico como en Estados Unidos. Señalar esto podría parecer algo simple, evidente. No obstante, se trata de un asunto crucial con resultados muy complejos. La invasión estadounidense fue un acontecimiento que despertó grandes esperanzas en "diversos sectores de la sociedad puertorriqueña". Estas esperanzas no se fundaban ni en la ignorancia, ni en la ingenuidad. Estaban alentadas por un conocimiento, que no debe ser subestimado, sobre aspectos importantes de la historia de los Estados Unidos. Una utopía estadista parecía cobrar forma en el horizonte.

Reconocer la esperanza como hecho histórico es de enorme importancia debido a las consecuencias organizativas y a las acciones políticas que pone en escena. Más aún cuando en esta actitud se revelaba la profunda debilidad de todas las clases propietarias de la isla. Muy pronto, nos dice Bernabe, con la Ley Foraker de 1900, se inauguró la desilusión. La nueva metrópoli no traía la quiebra del colonialismo, sino una nueva forma de dominación, inédita en el país porque, apoyada en la debilidad mencionada, pudo revestirse con el ropel de la democracia.

Para la formulación de la Ley Foraker fue necesario que en Estados Unidos se abriera un nuevo espacio para la experiencia colonial que representó una ruptura con la misma tradición constitucional que había alimentado las expectativas puertorriqueñas. Al no incorporar a Puerto Rico como territorio de la Unión, se le bloqueaba el camino hacia la estadidad y fue necesario formular una nueva distinción entre territorio incorporado y territorio no incorporado. Esta importante diferenciación fue lo que abrió el marco general para el desarrollo de la política en Puerto Rico. Por consiguiente, la reproducción de la colonia implicó la reproducción de la relación de no incorporación de Puerto Rico como territorio de los Estados Unidos. La relación de no incorporación definió a Puerto Rico como un territorio interno y a la vez externo a Estados Unidos. Interno porque su gobierno, subordinado, es expresión de una extensión del aparato federal, y externo por las reglas de excepción que sujetan a la isla.

La mencionada relación de no incorporación tiene a su vez un efecto de obstaculización en dos direcciones: le cierra el paso a la estadidad, así como a la independencia. No debe, por consiguiente, sorprendernos que la discusión de este asunto se haya acentuado durante los últimos años en Puerto Rico. Atendiendo esta problemática, el texto de Bernabe se va abriendo como un abanico de riquísimos matices que nos ayuda a comprender uno de los períodos

más complejos de nuestra historia, que tuvo que ver con la imposición y consolidación del nuevo coloniaje. Un proceso que tiene todavía implicaciones serias tanto para Puerto Rico como para los Estados Unidos. El libro está compuesto de una docena de capítulos, si consideramos la conclusión como el último de ellos.

¿Cómo se estructuró la desilusión? Así como la esperanza provoca determinadas acciones, la desilusión hace sus propios llamados políticos. En palabras del autor: "¿Qué tipo de respuestas se articularon en la isla ante el establecimiento de un nuevo régimen colonial?". Una vez expuesto el propósito del libro, Bernabe se cuida de aclarar sus límites: no se trata de una historia de la política puertorriqueña entre 1899-1929; tampoco del estudio exhaustivo de la trayectoria política de las figuras que se destacan en sus páginas. Bernabe nos indica que su texto indaga en determinadas coyunturas y explora las intervenciones y propuestas en momentos específicos de la vida política del país. Me parece pertinente considerar la importancia que le confiere a lo que él mismo llama "momentos" de la política. Estos momentos no son cualquier medida de temporalidad, son instancias con una plétora histórica, puntos de articulación que reflejan la exacerbación de las contradicciones que definen la naturaleza de la colonia. Una consideración de los capítulos del texto nos permite destacar un conjunto de momentos que anudan la exposición: la imposición de la Ley Foraker y la formación del Partido Unión, el conflicto entre la Cámara de Delegados y el Consejo Ejecutivo en 1909, el debate sobre la tenencia de tierras de 1910, el surgimiento del Partido de la independencia en 1912, la Ley Underwood de 1913 y la crisis de la Alianza de 1926-27.

Las crisis, sean provocadas por medidas tomadas en el Congreso, o surgidas al calor de los conflictos internos de un partido u organización local, permiten una mejor visión de la estructura interna del proceso social, abren espacios nuevos de reflexión sobre posibles alternativas. Todos estos momentos destacados en el texto nos permiten comprender el tejido de contradicciones que cobró forma en el espacio abierto por el imperialismo estadounidense mediante la relación de no incorporación. Esta relación estableció el terreno histórico en el que se desplegó la política autonomista de las clases propietarias de la isla y el contexto de la política cultural de determinadas formas de afirmación puertorriqueña. Las luchas en este terreno complejo y determinado de forma progresiva por el poder imperial mediante su proceso de conquista económica, son las respuestas al colonialismo, destacándose aquellas propuestas que intentaron superar el marco colonial impuesto.

Los "momentos" que privilegia Bernabe exhiben una acumulación de contradicciones en torno a la relación de no incorporación que pudieron haberse resuelto de diferentes maneras, que obligaron a reformar y flexibilizar la relación y abrieron nuevos espacios de acción a los sujetos sociales. La manera en que Bernabe concibe y expone estos momentos le permite articular dos aspectos que me parece que son logros extraordinarios de este libro. Por un lado,

nos permite entender el proceso de formación, en un contexto de debate, de las respuestas que los diferentes sectores sociales le dieron al coloniaje. Por otro lado, podemos visualizar las posibilidades y los límites de las diferentes propuestas ante el poder colonial. Como lo que caracteriza a cada uno de estos momentos es su porosidad, el tinte de inestabilidad que permea lo político, se abren espacios privilegiados para el debate de las ideas, para la formulación y reformulación de programas y para el desenvolvimiento de figuras que ocuparon posiciones de liderato.

Por ejemplo, el texto nos permite seguir el rastro del Partido Unión y de varias figuras principales del autonomismo, como José de Diego y Mariano Abril, ante la Ley Underwood, que disponía la reducción y eventual eliminación del arancel que pagaba el azúcar extranjera al entrar al mercado estadounidense. Esta ley pudo abrir una situación de crisis aguda para la actividad azucarera dominante en Puerto Rico, con la posibilidad de superar la especialización unilateral de la economía, si hubiese entrado en función con efectividad. No obstante la Primera Guerra Mundial alteró el rumbo de los acontecimientos y se siguió fortaleciendo el latifundio azucarero. Pero Bernabe se cuida de no reducir las figuras estudiadas a un solo momento o a una sola expresión política. Nos revela las contradicciones de estos personajes, sus aspectos conservadores y sus aspectos liberales, mediante exposiciones que lejos de ser reductivas, son complejas y abarcadoras. Cada momento estudiado se enriquece con relatos muy precisos y de abundante información pertinente sobre acontecimientos o desarrollos políticos e intelectuales que le otorgan una perspectiva amplia y profunda a la exposición.

En el debate sobre la Ley Underwood, por ejemplo, Mariano Abril, defensor de la independencia desde 1909, consideró que se abría la posibilidad histórica de superar el latifundio azucarero, lo que hacía viable la propuesta de una economía de mayor diversidad. Pero no se nos presenta como una pieza inconexa de un debate. Tenemos de él una visión abarcadora que nos permite captar su complejidad, expresada en las diferentes posiciones adoptadas en el curso de su vida política e intelectual, enriqueciendo ciertamente nuestra perspectiva sobre su participación en ese debate. Mariano Abril fue también favorecedor de la educación mixta de tipo estadounidense, como librepensador y defensor de la educación de la mujer y de su incorporación a actividades de las que habían sido excluidas; pero al mismo tiempo, defensor de los patronos y opuesto a las huelgas por considerarlas socialistas revolucionarias. De Diego, aparece como defensor del capital modernizador, favorecedor de los intereses azucareros y de medidas antiobreras. A su vez, será también, más tarde, defensor de la Unión Antillana, opositor de la imposición del inglés y defensor del idioma.

El texto de Bernabe tiene el mérito de deslindar con rigurosidad en casos concretos, en coyunturas muy específicas, las posiciones que determinados partidos o dirigentes defendieron, con los desplazamientos que las caracterizaban,

que podían agudizar las fronteras entre un programa político y otro, así como hacerlas grises y borrarlas. Precisamente porque el texto intenta aprehender un movimiento plagado de contradicciones, se cuida de no clausurar ninguno de los temas discutidos. Su rigor estriba en abrir nuevos temas al debate, en sacarlos del olvido en muchos casos y en su capacidad de deslindar problemáticas que tuvieron una honda resonancia y todavía subsisten como marco de definición de nuestra vida social a fines del siglo XX. Sin humildad falsa, el libro, desde su propuesta inicial, se presenta como una invitación "a indagar aún más en los temas tocados". Es su extraordinario rigor el que exige tratar los problemas con minuciosidad y dejarlos todavía abiertos.

En esta postura hay algo que quiero destacar: en no pocos casos los problemas que Bernabe deja abiertos a la consideración posterior son problemas cuyo espacio él mismo ha definido, que podemos ver o vislumbrar porque su exposición los ha establecido, les ha otorgado un marco de visualidad para futuras investigaciones. Este libro, por tanto, no sólo es una aportación a la historia política de nuestra isla, a la historia de sus programas partidistas y a la historia de las ideas en Puerto Rico, sino que abre novedosos caminos para futuras investigaciones. Continuamente en su transcurso el texto establece esas áreas grises, todavía nebulosas, que sería necesario indagar para producir conocimientos más abarcadores. En no pocos casos estos señalamientos pueden tener un atractivo particular para aquéllos interesados en el desarrollo histórico de las ideas en Puerto Rico o en el proceso de formación y transformación de los intelectuales. Su invitación al debate no es retórica. No son pocas las verdades sugeridas y poco transitadas que los lectores exigentes pueden descubrir en el curso de su lectura.

En el capítulo V, por ejemplo, nos ofrece la particular visión de la sociedad puertorriqueña que desarrolló el movimiento obrero organizado: atribuía y reducía los obstáculos que enfrentaba el movimiento (miseria, desempleo, violación de derechos legales, etc.) a meras supervivencias del pasado español, defendidas a su vez por los propietarios locales. Sin embargo, el reformismo de este movimiento operaba en el mismo terreno político que el autonomismo: aquél establecido por la relación de no incorporación que el propio imperialismo impuso como el más adecuado a la reproducción de sus intereses. El reformismo de este movimiento se expresa, según Bernabe, de forma emblemática, en el final de la trayectoria política de Santiago Iglesias, ocupando la posición en la que se destacó Muñoz Rivera, como Comisionado Residente en Washington. Bernabe destaca que en la Federación Libre de Trabajadores se reforzó la perspectiva reformista colonial después de 1906. ¿Qué pasó de 1898 a 1905? Aunque el texto ofrece atisbos interesantes, me parece que hace falta recuperar las discusiones del movimiento con respecto al partido obrero durante este período, así como el balance de las luchas huelgarias. Si bien la tendencia reformista se había hecho dominante, todavía en el proceso de formación del Partido Socialista en 1915 sobrevivía un debate al que hace alusión Bernabe.

Sin embargo, el objetivo del texto no es esta historia en sus pormenores, sino explicar la madeja interna de las alianzas y coaliciones en las que participó el movimiento obrero reconociendo el terreno en que se movían. Con este objetivo, el capítulo V termina con un análisis de las alianzas de la FLT a principios de siglo y una explicación de las posiciones de Romero Rosa y Andrés Rodríguez Vera. Aún cuando el capítulo VI da un aparente salto para analizar la crisis de la Alianza en la década del 20 y sus conflictos con las Fuerzas Vivas, el lector puede comprender, mediante un recuento riguroso de las alianzas y coaliciones, el terreno que permitía y propiciaba estas combinaciones políticas. Ninguno de estos movimientos se propuso desbordar la relación colonial impuesta por el poder colonizador: la relación de no incorporación. El campo común en que se movían las combinaciones era el de la política de reforma colonial. Este capítulo es importante por todas las contradicciones que revela, por la complejidad de las tensiones que descubre y pone en movimiento. En él se recoge ya la urgencia por transformar abarcadoramente el régimen colonial, al mismo tiempo que se presentan los obstáculos internos que enfrentaría esa transformación. Las Fuerzas Vivas estaban representadas por Eduardo Georgetti, un azucarero destacado que había presidido el Partido Unión en el pasado.

La crisis de la Alianza en su confrontación con las Fuerzas Vivas anticipa las medidas populistas que ya se presentaban como necesarias para una reforma abarcadora. En este debate se destacó la figura de Luis Muñoz Marín, quien durante esta década se caracterizó por su aparición y desaparición temporera en el escenario político de Puerto Rico. La posición de Muñoz sobre Barceló considerándolo como un "hombre-pueblo", sus análisis de la situación local y las alianzas necesarias para superarla, combinadas con las exposiciones lúcidas que hace Bernabe sobre las ideas de Francisco Zeno y Miguel Meléndez Muñoz, contienen muchos anticipos de lo que sería la política populista del futuro Partido Popular Democrático. El nombramiento de Muñoz como Director de *La Democracia*, la elaboración de su plan democrático, su concepto de alianza entre trabajadores y sectores medios como medio para reorganizar el panorama político de Puerto Rico, ya exhibía su gran poder de convocatoria. Estimuló la imaginación de personas destacadas en la política unionista como Ramos Antonini. Me parece que Bernabe debe dedicar un esfuerzo por publicar su tesis doctoral, que trata precisamente de los orígenes del Partido Popular Democrático, ampliando así su discusión en torno a las reformas que se han desarrollado en el espacio de la relación de no incorporación que ha prevalecido durante todo este siglo.

Una vez que ha establecido con claridad los límites de la relación colonial, le dedica el capítulo VII a una crítica de la teoría de la lucha triangular de Ángel Quintero Rivera. El capítulo es un reconocimiento al papel destacadísimo que ha tenido esta teoría en la nueva historiografía y a su proyección en los estudios literarios. La crítica tanto de Quintero, como de Arcadio Díaz

Quiñones, quien le dedica un importante estudio a la obra poética de Luis Lloréns Torres, le permite a Bernabe ampliar la discusión sobre la naturaleza del autonomismo como la política de las clases propietarias puertorriqueñas que resultaba más adecuada a la reproducción de la relación de no incorporación. En el capítulo se destaca el carácter contradictorio de la teoría de Quintero en su primera formulación comparada con la revisión que sufre posteriormente. Quintero se vio impulsado a transformar su visión del Partido Unión, reconociendo que representó a los intereses modernizadores del azúcar y no exclusivamente el mundo moribundo de la hacienda. Este reconocimiento, según Bernabe, desarticula el esquema de la lucha triangular. Sin embargo, Quintero se aferra a su esquema y se ve obligado a modificar su concepción inicial de la burguesía azucarera. Ya no la considera como expresión de una burguesía "antinacional", sino como "el intento más importante —vacilante y contradictorio— de una configuración de un desarrollo capitalista nacional". Bernabe critica esta teoría porque, entre otras cosas, le cierra el camino a Quintero para comprender la política contradictoria del independentismo del Partido Unión. La gestión del Partido Unión, incluyendo su discurso independentista conservador, fue la primera gran elaboración de una política autonomista adecuada a la reproducción de la relación de no incorporación, que definió a Puerto Rico como diferente y a la vez subordinado a Estados Unidos. Esta relación ha permitido afirmar la puertorriqueñidad y reproducir al mismo tiempo la relación colonial.

Sin embargo, el análisis meticuloso de Bernabe le permite también comprender las contradicciones que contiene esta relación colonial. La misma forma en que está articulada propicia a su vez tendencias que periódicamente la minan y la obligan a hacerse más flexible para asegurar su reproducción, acomodando con mayor adecuación diferentes propuestas de puertorriqueñidad. Por otro lado, el esquema de la lucha triangular no permite captar la riqueza del radicalismo democrático de Luis Lloréns Torres o de Rosendo Matienzo Cintrón, entre 1909-1912, desde el conflicto de la Cámara de Delegados con el Consejo Ejecutivo hasta la fundación del Partido de la Independencia.

El texto de Bernabe pasa así a analizar el radicalismo democrático de Matienzo Cintrón y las diferentes instancias de su crecimiento: desde su posición estadista inicial, su ruptura con José Celso Barbosa y el Partido Republicano, la fundación del Partido Unión, la organización en 1907 de la Fraternidad Social y Benéfica, la fundación de la Liga Agraria en 1908, el conflicto entre la Cámara y el Consejo Ejecutivo en 1909, los debates en torno a la limitación sobre la propiedad de la tierra en 1910, hasta la organización del Partido de la Independencia en 1912. La riqueza de este proceso, tanto en su aspecto organizativo, como desde el punto de vista discursivo, propagandístico, nos revela la abundancia espiritual de la personalidad de Matienzo Cintrón, al mismo tiempo que obliga a considerar otras personalidades, como Rafael López Landrón, relativamente olvidadas, que lo acompañaron.

El libro continúa con una exposición detallada del programa del Partido de la Independencia y rescata una importante fuente olvidada: la inspiración de este partido en el programa de los demócratas radicales neozelandeses, recogido en el libro *The Story of New Zealand*, de Frank Parsons. La caracterización que hace Bernabe de este programa es clara, rigurosa y equilibrada. Destaca sus aspectos radicales sobresalientes: su propuesta de que los legisladores estuviesen sujetos al control de la voluntad soberana del pueblo mediante la Iniciativa, el *Referendum* y el *Recall*. Los dirigentes del partido veían en estas medidas un método contra el personalismo que dominaba la política puertorriqueña. Además, la propuesta radical unificaba lo que el autonomismo dividía: lo económico y lo político. Sólo la independencia económica podía garantizar la independencia política. De manera que el programa de los independentistas radicales se oponía al monocultivo y defendía la diversificación de la producción, con el objetivo de reorientarla hacia el mercado interno, amarrándola a las necesidades de la isla. De esta forma la economía puertorriqueña podía a su vez desarrollar una fuente interna de acumulación de riqueza social.

En este programa cobró forma madura la crítica que desde diferentes vertientes se le venía haciendo a la dominación imperialista desde una perspectiva democrática radical. Sin embargo, no cristalizó organizativamente. ¿Por qué? ¿Por qué este partido no encontró un espacio de resonancia profunda en sectores considerables de la sociedad puertorriqueña que garantizara su sobrevivencia? Del texto de Bernabe se desprenden algunas explicaciones, pero me parece que este asunto es uno de los que requiere una investigación a fondo. ¿Por qué lo que tuvo éxito en Nueva Zelanda no cuajó en Puerto Rico? ¿Por qué ninguno de los dirigentes obreros que ya se habían destacado en las luchas sociales se incorporó a este esfuerzo? El mismo rescate meticuloso de esta historia olvidada que Bernabe lleva a cabo requiere una explicación. ¿A qué se debió que la formulación más aguda de crítica al imperialismo, con el carácter más radicalmente democrático e igualitario no tuvo continuidad ni se manifestó como una fuerza propulsora en organizaciones futuras? ¿El fracaso de este partido, la disolución de sus demandas, no ayuda a explicar lo que Bernabe considera el retroceso ideológico de Luis Lloréns Torres y su regreso al Partido Unión?

Evidentemente en la constitución social de Puerto Rico, en su tejido clasista de aquel momento histórico, la propuesta anti-trust, pro-obrera y cooperativista del Partido de la Independencia no encontró ninguna fuerza social en qué sostenerse con vigor. A pesar de que Bernabe explica con precisión los límites de clase de este programa, su carácter pequeño burgués radical, que no expresaba propiamente un punto de vista obrero, es curioso que sea rescatado a fines de siglo por un socialista, con una sensibilidad aguda con respecto a la democracia. El programa del Partido de la Independencia, radical e igualitario, le hubiera abierto un amplio espacio al desarrollo del capitalismo si hubiese tenido algún éxito. Pero no había en Puerto Rico ningún sector burgués ni peque-

ño burgués capaz de hacerlo suyo y quedó sepultado en el olvido.

De todas formas, este programa, así como los debates y las propuestas organizativas que lo precedieron, encabezadas por personalidades como Matienzo Cintrón, Lloréns Torres, Rafael López Landrón, Ramón Gandía Córdova, y otros, respondieron al intento más coherente de "americanizar" a Puerto Rico, de generar un comportamiento democrático de autocontrol, que chocó con la estructura colonial que impuso Estados Unidos. La posición activa y enérgica de estos hombres, que reclamaban la movilización del país contrasta con la postura pasiva y de aceptación del coloniaje de dirigentes como José Celso Barbosa. No es sorprendente que el texto de Bernabe finalice, después de unas interesantes observaciones sobre la cuestión nacional, con un contraste entre Matienzo y Barbosa. Tampoco fue una casualidad que Matienzo, el defensor de una estadidad radicalmente democrática, terminara encabezando el primer esfuerzo por construir un partido de la independencia que permitiera desplazar la actividad política fuera del terreno establecido por el imperialismo.

Este libro es ejemplar, desde el punto de vista de la investigación, por muchas razones. Me interesa destacar dos. Sorprende el trabajo minucioso, empírico, que revela su composición, su amplísima bibliografía, la consulta de una rica variedad de fuentes primarias y secundarias. Pero no sólo revela la magnitud de un esfuerzo enorme. Llama la atención su profundidad teórica, que puede pasar por momentos desapercibida debido a la claridad de la exposición. En este texto los datos no hablan por sí mismos, como apuntaría una visión positivista. Bernabe los extrae de su silencio, de la soledad del olvido, los hace hablar, exprime sus significados amparado en la fortaleza de su teoría. Es precisamente su talento organizativo lo que nos produce esa impresión de fluidez natural en la expresión, como si la historia se estuviera revelando con espontaneidad. No se hace alarde del difícil trabajo de construcción teórica y el resultado es un libro muy complejo de expresión muy clara.

Como el autor tiene mucho que decir no tiene que esconder la vaciedad en un lenguaje oscuro y especializado. Tampoco se ha dejado llevar por la moda. No esconde su vinculación con la tradición del marxismo revolucionario, ese marxismo abierto de que hablara Ernest Mandel. Su texto discurre como un río: sus aguas son cristalinas y permiten ver la hondura de su fondo y la riqueza de su vida interior.

Félix Córdova Iturregui
Universidad de Puerto Rico